

## 5º. Domingo de Pascua. Año B

### Lectio divina sobre Jn 15,1-8

---

Con la tradicional imagen de la viña, Jesús desarrolla un tema preferido en el evangelio de Juan, el de la vida y cómo conseguirla. Aquí, puesto que se dirige a sus discípulos en la noche de la traición, tiene un innegable alcance eclesial y un efecto dramático evidente: el enraizamiento en Cristo es la clave para la fidelidad de una comunidad que lo va a perder físicamente. Permanecer en él libera de la angustia que su desaparición produce; sólo lo perderá quien lo eche en falta. Arraigarse en él es la forma de tenerlo, de no perderse. Como el sarmiento en la vid. La comunidad de vida está garantizada para quien permanece anclado en Cristo. Tal permanencia tiene su prueba: han de darse y verse los frutos. Amor sin eficacia, fe sin práctica, es amor necesitado de poda; amor sin frutos es amor destinado a arder, como la hojarasca inútil. En cambio, quien, amando con obras, fructifica su permanencia en Cristo, verá fructificados hasta sus deseos: la petición del que da lo que Dios espera de él se verá satisfecha; Cristo no dejará sin cumplir los anhelos de quien cumple su voluntad. Tal es la capacidad de vivificar de la Vid verdadera que es Cristo.

---

**En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:**

<sup>1</sup>*«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador.*

<sup>2</sup>*A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.* <sup>3</sup>*Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado;* <sup>4</sup>*permaneced en mí, y yo en vosotros.*

*Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.*

<sup>5</sup>*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada.* <sup>6</sup>*Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.*

<sup>7</sup>*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará.*

<sup>8</sup>*Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos.»*

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Abierto sin preparación (Jn 14,31), el discurso de presentación de Jesús como vid verdadera (Jn 15,1-2), no puede considerarse propiamente como parábola o alegoría, aunque se desarrolle bajo la imagen de la viña, de tanta solera en el AT y con connotaciones eucarísticas en el cristianismo primitivo (Did 9,2). La vid pertenece a la vegetación de la tierra de Canaán (Nm 13,23; 1 Re 5,5); como símbolo (Os 10,1; Is 5,1-6; Jr 2,21; Sal 80,9-16; Ez 15,1-8) sirvió para ilustrar la alianza de Dios y la infidelidad del pueblo y su castigo, pero nunca fue en AT símil personal del Mesías; su referente fue, siempre, el pueblo de Dios.

La identificación del Jesús joánico con la vid verdadera es, pues, insólita, atrevida. El símil va interpretado inmediatamente: la vid es él; el responsable y cuidador, su Padre (Jn 15,1). Jesús es la única vid que no defraudó al Padre, el propietario; da vida, pero la propiedad y el estímulo, el cuidado y el trabajo es del Padre. La autenticidad de Jesús reside en su correspondencia a los desvelos del Padre, en el cumplimiento de sus expectativas. Esa fidelidad a Dios Jesús la hace posible a quien vive en él y de él, como el sarmiento que está en la vid.

De esta fidelidad personal de Jesús se sigue su capacidad de dar vida a los sarmientos-discípulos. Como viñador, Dios en persona cultiva su propiedad: corta (*arranca*) en invierno los tallos improductivos y poda (*limpia*) en primavera los pámpanos excesivos (Jn 15,2); que el sarmiento pueda dar fruto es el objetivo de la poda del viñador. En la vida del discípulo existencia fecunda y dolorosa poda van unidas: Dios poda para favorecer la fertilidad de quienes están insertos en Cristo.

Podados, los discípulos están ya limpios, purificados (Jn 15,3) gracias a la palabra de Jesús, que los ha separado del mundo y centrado en Dios. Antes era Dios quien podía, ahora es Jesús quien limpia (Jn 13,10); su palabra ha sido principio de separación y de fertilidad, purificación y fructificación. La purificación, don inmerecido. De él nace la tarea imperativa: la permanencia recíproca (Jn 15,4,5); no basta con estar con él, limpios por haber aceptado la palabra, es necesario permanecer para dar fruto. La imagen aclara el sentido: nunca se ha visto que el sarmiento esté fuera de la vid y sea productivo. El discípulo permanece unido a Jesús para ser productivo. Unión vital y fecundidad son inseparables: la fertilidad del discípulo depende de la fidelidad a Cristo; su corrupción, de su separación de Él.

Con la repetición de la fórmula de revelación (Jn 15,5: *Yo soy la vid*) se introduce un matiz nuevo al tema de la permanencia: la relación entre discípulos y Jesús es íntima (*vosotros, los sarmientos*). La capacidad del cristiano para hacer algo depende de su enraizamiento en Cristo; sin él, nada es factible (Jn 15,5; 1,3). Más aún, separarse de él significaría no sólo sequedad, también la ruina. No hay otra alternativa a dar fruto que el secarse y arder; el proceso, irreversible, es descrito con rapidez y eficacia; no permanecer en él lleva ineludiblemente a la perdición (Jn 15,6).

---

Permanecer en Jesús, en cambio, que supone la permanencia de su palabra en uno, consigue ser escuchado cuando se reza (Jn 15,7; 14,10.13). La palabra guardada garantiza la comunidad de vida y de voluntades entre Cristo y los creyentes. Quien sigue las palabras de Jesús sabrá que sus deseos llegan a Dios. Obedecer a Cristo consigue las atenciones del Padre. Es así como la existencia cristiana, que es permanencia en Cristo y capacidad de producir vida, realiza la obra de Cristo, es decir, la *gloria* del Padre.

## II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Seguramente no nos ha sorprendido oír que Jesús, en el evangelio, se haya comparado a una auténtica vid: ¡tan acostumbrados estamos a sus palabras que ya no nos causan extrañeza! Y, sin embargo, no deja de ser insólita la imagen; ninguno de nosotros se hubiera atrevido a identificar a Jesús con una vid, y además la verdadera. ¿Por qué lo hizo él?; ¿qué quiso significar con esa comparación?.

Es de suponer que nuestra dificultad no la tuvieron los primeros oyentes de Jesús; ellos sabían muy bien que el símbolo de la vid había sido repetidas veces utilizado en las Escrituras para referirse al pueblo de Dios. Israel era considerado como la vid, como la viña, propiedad de Dios, el pueblo del que Dios se ocupa, el objeto de sus trabajos, el lugar de sus fatigas. Israel imaginó que Dios lo quería, lo cuidaba, lo mimaba como un buen viñador cuida de su viña preferida. Pero los discípulos tuvieron que sorprenderse de que se apropiase de esa imagen y la aplicase a su propia persona: 'Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador'. Todos los desvelos e ilusiones que un hombre pone en su propiedad, todos los afanes y los trabajos que le causa son comparables con los cuidados y la preocupación que Jesús procura a su Padre. Dios está totalmente volcado en Jesús, como el labrador en su viña: en consecuencia, para poder participar de los cuidados de Dios habrá que tener parte en Cristo, la viña de sus cuidados; no será, pues, la pertenencia a un pueblo, por santo que sea, lo que nos hará objeto de las atenciones del Padre, sino la permanencia en Jesús, el Hijo de Dios. Vivir enraizados en Jesús, como el sarmiento en la vid, nos logra las atenciones y el cuidado personal, solícito, paterno, de todo un Dios.

Deberíamos hoy superar nuestro escepticismo y esa duda permanente en la que vivimos sobre si Dios realmente se cuida de nosotros, de nuestra familia, de nuestro pequeño mundo y del mundo. Deberíamos, sobre todo, preguntarnos por qué, y cuándo, no nos sentimos nosotros atendidos por Dios. Porque la culpa no la tiene seguramente Dios, como bien hizo ver Jesús a sus discípulos:

1. *'Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí*. Para sentir la mano potente de Dios, el calor de su presencia, el consuelo de su compañía, hace falta optar por Cristo, saber enraizado en él, como el sarmiento en la vid. Con demasiada frecuencia hoy los discípulos vivimos nuestra fe prestando nuestra atención a Jesús, los domingos y fiestas de guardar, y siguiendo los días de diario, los que realmente cuentan, otras voces y otros señores. A diario buscamos en quien no es Cristo, sea una idea u otra persona, un buen proyecto o un sueño inalcanzable, un puesto de trabajo, la suerte en la lotería, la solución de un problema, asegurarnos contra la incertidumbre del mañana, oportunidades para medrar..., y nos quejamos del descuido de Dios. Viviendo al margen de Cristo, sin necesidad incluso de tener que ir en contra suya, o habiendo programado nuestra vida sin atenernos a sus exigencias, deseando fructificar y echar raíces fuera del alcance de Dios, no lograremos sentirnos alcanzados por su amor, estaremos condenados a vivir marginados de sus cuidados, padeceremos sus desatenciones.

En cambio, hacer de Cristo Jesús la razón de nuestra vida y el fin de nuestros proyectos, la raíz de nuestras esperanzas y el lugar donde van a florecer, hará que sintamos el aprecio de Dios, su voluntad de sernos guardián y padre. Como lo fue para Jesús: no es demasiado difícil sentir realmente el cariño de Dios; hace falta vivir identificado con Jesús, su vida y su muerte, sus obras y sus ideas. Cueste lo que cueste. Porque, ciertamente, va a costarnos. Seguramente más de lo que estamos dispuesto a dar. Pero mucho más es cuanto perdemos: los cuidados de Dios y sus atenciones.

2. *'A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y al que da fruto lo poda para que dé más fruto'*.

No por ser bueno Dios, que lo es, hay que pensar que sólo podemos esperar bienes de él. Como el viñador cuida podando y fortifica la vida en la vid librándola de las partes inútiles, infructuosas, así se comporta Dios con quienes quiere de verdad. Y es que, como el buen labrador con su viña, no nos cuida porque le demos ya los frutos que espera, sino porque con su trabajo espera obtener mejores frutos que los que le damos. Como el mejor padre con su hijo, no nos quiere porque seamos ya buenos, nos quiere para hacernos mejores. No debería maravillarnos: sin cuidados que molestan, sin atenciones que contrarían, sin intervenciones que hacen cortan nuestras vías, no nos sentimos queridos de verdad, auténticamente amados. Sentirse bien con alguien no es todavía amarlo de verdad: un amor sin exigencias es un amor barato, sin consecuencias, tan fácil de dar como fácil de retirar. Y no es ésta la clase de amor que Dios alimenta para con quienes ama, porque viven anclados en su Hijo amado, enraizados en Cristo Jesús.

Tendremos, pues, que preguntarnos si estamos dispuestos a sufrir los cuidados de Dios, si queremos que Dios nos importune con sus atenciones, si deseamos pagar el precio de su amor. Porque, posiblemente, nos quejemos de no tener aquello por lo que no estamos dispuesto a pagar nada a cambio: vivir atendidos por Dios no supone vivir al margen de cualquier desgracia o fuera del alcance del mal diario, de la contrariedad, de la insignificancia, de la rutina. Saberse en sus manos, sentirse en el corazón de Dios, no ahuyentará la tragedia de nuestras vidas ni el error. No hay que esperar ser hombres con suerte sólo por ser ya medianos creyentes. Sabremos, con toda razón, que no le caemos igual a Dios, que nuestras cosas no le dejan indiferente, cuando sintamos el peso de su mano sobre nosotros. En vez de dedicarnos en

implorarle un mejor trato, podríamos conformarnos con aceptar como bueno el trato que nos quiera dar. ¿O es que la vid se rebela cuando la podan para que sea fértil, o el hijo duda del amor del padre que le exige más porque más lo quiere? Y lo que es más grave: no hay que olvidar, lo recuerda Jesús, que sarmiento no podado, no curado, es desechado y destinado a arder. No podemos estar siempre haciendo ascos a la voluntad de Dios sobre nosotros: quien de entre nosotros desee ser considerado como hijo ha de aceptar sobre sí la autoridad del padre. Rechazar su pedagogía supone quedarse sin sus atenciones. Y si éste es nuestro caso, no sabemos lo que nos estamos perdiendo. Quien permanece en Cristo, al cuidado de Dios, recibirá cuanto pida. Si dejándonos cuidar de Dios, damos los frutos que espera, Dios se cuidará de que fructifiquen hasta los deseos más mínimos de nuestro corazón. No se podría esperar más de un Dios tan cuidadoso con los suyos. Y tal es el Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para cuantos hacen de su Hijo su lugar de permanencia y la fuente de su vitalidad. Ser escuchados del Padre es el salario del discípulo que permanece en el Hijo.